

LUCIANO CASTAÑÓN. *Los días como pájaros*. Luis Caralt, Editor. Barcelona, 1962.

No deja de ser curioso que, a pesar de la enorme y turbulenta pasión que entre todas las gentes de cualquier clase social despierta el fútbol, no se haya publicado aún alguna novela medianamente discreta con él relacionada. Al menos nosotros no la conocemos. El fútbol viene a ser algo así como un asunto abandonado en el extenso repertorio temático de la novela actual; un asunto, sin embargo, que, por otra parte, suministra inagotables veneros de conversación y de polémica a la sociedad actual. Además —y ello contribuye a realzar la perplejidad ante tal problema— el fútbol conlleva prendido a su cuestionable carácter de deporte, al convertirse pura y llanamente en espectáculo, una peliaguda cuestión económica. Y esta última característica, en el mundo actual, no es, ni mucho menos, costal de paja.

Posiblemente la beligerancia suscitada por este deporte, por su contemplación, no pase de ser epidérmica, y buscada de modo inconsciente para ahuyentar otras beligerancias mucho más profundas y decisivas en el angustiado complejo de nuestro existir. Ciertamente que el fútbol moviliza masas, convulsionándolas, incluso, de forma violenta, pero las moviliza, pese a la paradoja que ello supone, de un modo amorfo, indiferenciado, sin más nexos de conexión que aquellos que se enraízan, única y exclusivamente, en superficiales estados irracionales. Las «filias» y las «fobias» —fuertemente entrelazadas entre sí— nunca se basan o se originan en fundamentos de razón. En ellas sólo aparece, con mayor o menor intensidad, una emoción momentánea y enajenante, ajena por completo a compromisos ideológicos de cualquier clase. De ahí, acaso, la desatención que por el fútbol muestra la creación literaria.

En el deshilvanado repertorio de nuestras asiduidades con el mundo de la pintura, y con el mundo de las letras, son poquísimos los recuerdos que tenemos engarzados a la expresión y a la representación deportiva: algunos cuadros de Henri Rousseau, de Severine, de André Lozthe; un par de novelas juveniles de Montherlant; la oda a «Platko», de Rafael Alberti, y muy poco más. A esta parvedad de títulos viene ahora a unirse la novela *Días como pájaros* del joven escritor asturiano Luciano Castañón.

*Los días como pájaros* nos cuenta la vida de un jugador profesional de fútbol, y nos la cuenta, además, con ciertos visos autobiográficos. Castañón es un escritor singular, dotado de una extraordinaria capacidad de observación, de un entrañado amor hacia todo aquello que aparece aureolado con los símbolos de la humildad, con el marchamo de los monótonos quehaceres cotidianos, y, sobre todo, una persona de una modestia sin límites. Y esto es en él una virtud y un defecto, que,

naturalmente, se refleja en su obra literaria otorgándole —a la obra— virtudes y defectos. En *Los días como pájaros* aparecen ambas cosas respunteando el cañamazo que sustenta su estructura.

El novelista, en sus mocedades, consiguió cierto renombre en España como jugador profesional de fútbol con el apodo de «Chano». ¿Nos encontramos, por consiguiente, ante un relato genuinamente autobiográfico? Sí y no. La afirmación se refiere únicamente a que un novelista pone siempre en su creación vivencias propias, imposibles de eludir. La negación tiene varias razones, la primera de las cuales es el hondo sentido de pudor que abroquela la figura del escritor, velando su intimidad. Otra razón decisiva que se puede aducir en contra del carácter autobiográfico del relato es que éste pierde vigor y cohesión en la última parte, es decir: cuando Castañón podía libremente exhibir su experiencia personal, por estar toda ella plenamente dedicada a pintarnos el ambiente que rodea a un equipo de fútbol, a sus componentes, en una capital de provincias: la vida y las costumbres de los jugadores, los viajes bordeados casi siempre de inesperadas aventuras, los manejos de los miembros de la junta directiva, etc. Y es aquí, precisamente, donde la «figura» del novelista se muestra más opaca, más diluída...

La novela consta de tres partes. En la primera, narrada en primera persona, se nos presenta a su protagonista —Ladis—, arriscado por persuasivos encantos de la infancia. Es esta parte, sin duda, la más interesante y mejor construída de las tres. Asistimos en ella a una captación ingenua y mágica a la vez de un ambiente gozosamente observado. Todo lo que es misterio infantil, con sus elásticas y quebradizas fronteras entre la realidad y la fantasía, aparece anotado de modo escueto y expresivo. Lo mismo cuando Ladis, en compañía de otros niños, deambula por los suburbios de una ciudad cantábrica, que cuando los azares de la guerra le llevan, en busca de reposo y seguridad, a un caserío próximo a dicha ciudad. En esta parte asistimos al despertar amoroso del protagonista, resumido con honda tensión lírica en unas cuantas páginas verdaderamente antológicas. Páginas que por sí solas dan realce a todo el libro, delatando la presencia de un excelente novelista.

En la segunda parte contemplamos los pasos iniciales de Ladis como jugador de fútbol, enroldado en los equipos de barrio de su ciudad natal. Y en la tercera asistimos a sus andanzas como profesional de dicho deporte. Estas dos partes están escritas en tercera persona, y el interés del relato va poco a poco degradándose a medida que avanza la acción por el escamoteo que voluntariamente hace el novelista de su personaje central, relegándolo a una penumbra donde se mueve de modo casi automático. Y con ello, al diluirse su presencia, sin duda para evitar el entronamiento del *yo* autobiográfico, se frustra la posible novela de Ladis, admirablemente iniciada, para convertirse en la cró-

nica de un equipo de fútbol de una capital de provincia. Como tal crónica, *Los días como pájaros* tiene interés y, sobre todo, enorme valor documental. Pero no es la gran novela que pudo ser.

Esta es, en resumen, nuestra opinión. Un libro que se lee con agrado desde la primera a la última página. Una novela discreta sobre los secretos entresijos del fútbol español, posiblemente la mejor escrita hasta ahora. Y, sobre todo, según prueba patente de su primera parte, la promesa de un gran novelista. El día que Luciano Castañón encuentre un asunto idóneo a su temperamento personal, España tendrá la gran novela moderna tanto tiempo esperada.

J. VILLA PASTUR

ROBERTO VELÁZQUEZ RIERA. *Siete días para morir*. Plaza y Janés, S. A., Editores. Barcelona, 1963.

Desde hace tiempo, en España, y en otros muchos países, se publican, con profusión, relatos cuyo meollo se enraiza en el comunismo. En la mayoría de los casos, esos relatos, beligerantes siempre, delatan su aversión a tal doctrina política, analizándola de un modo monofacial al señalar únicamente sus contenidos negativos. Otras, en cambio, tratan de descubrir en esa doctrina las puertas de un soñado paraíso social, dejándose apresar en las redes ponzoñosas de un inhumano servilismo. Y algunos, los menos, ya que esta clase de literatura se caracteriza por su afán abiertamente combativo, enmascarándose en la ambigüedad, como inefables profetas del misterio, siembran arteramente las semillas de la duda. Pero, de todos modos, cualquiera que sea la intención y el propósito exhibido en tales relatos, encierran todos ellos —sobre todo cuando el compromiso no aparece demasiado expreso— un enorme interés: el interés de reflejar, en su aspecto más dramático, la acongojada existencia del hombre de hoy. Son, por tanto, relatos que de una forma o de otra reflejan las luchas y las dudas de nuestro tiempo, que es precisamente lo que se pide con más apremio a la literatura actual. En esta temática se halla, precisamente, inmersa la novela de Roberto Velázquez Riera *Siete días para morir*.

*Siete días para morir* es la historia de un militante del partido comunista, adoctrinado en una escuela de terrorismo, que de pronto descubre, ante la inminencia de un sabotaje, todo lo que de cruel, de